

Souza

Nina Avellaneda



Souza

Nina Avellaneda

© Nina Avellaneda, 2021

© Komorebi Ediciones, 2021

Colección Surco de fuego (narrativa)

Primera edición: julio de 2021

ISBN: 978-956-6102-03-8

Imagen y diseño de cubierta: Maite Naranjo

Diagramación: Pedro Tapia León

Komorebi Ediciones Ltda.

Los Laureles 075, piso 2

Valdivia, Chile

www.komorebiediciones.cl

Impreso en Chile por Andros Impresores

Queda prohibida la reproducción de este libro en Chile y en el exterior sin autorización previa de la editorial.



PROYECTO FINANCIADO POR EL
FONDO NACIONAL DE FOMENTO
DEL LIBRO Y LA LECTURA,
CONVOCATORIA 2021.

Souza

Eu não sou eu nem sou o outro,
Sou qualquer coisa de intermédio:
Pilar da ponte de tédio
Que vai de mim para o Outro

Mário de Sá Carneiro

E a vida
E a vida o que é?
Diga lá, meu irmão

Gonzaguinha

A veces lo veo en el metro. No es el anciano con las manos apoyadas una sobre otra en un bastón, ni el de un ojo abierto y otro cerrado –atributos que se distinguen en sus últimas fotografías– sino él.

Días atrás me he visto en la urgencia de viajar a Buenos Aires. Mi entusiasmo era modesto, pero sostenía cierta expectación sobre lo que allí podría ocurrir.

Decenas de personas se agolpaban en las puertas para entrar, otras tantas descendían sudorosas de vagones con asientos aterciopelados que yo me figuraba como las butacas de una particular sala de lectura. Los salones se extendían meciéndonos a lo largo de los rieles y yo acunaba un libro nuevo en mis piernas. La situación era abiertamente favorable para lo que hubiera sido un encuentro imposible pero pertinente, y sin embargo nada, no avisté su cuerpo en ninguno de los carros y supuse: prefiere el metro de Santiago, qué sé yo.

La primera vez que lo vi pensé con sorpresa en lo parecidos que pueden ser dos hombres. Fue un día en que mi curiosidad estaba cerrada, le eché un vistazo entre la gente y luego seguí en lo mío; algo similar a un descampado. La segunda vez me detuve a mirarlo de lejos, fueron largos minutos dedicados a escrutar una figura que el escepticismo me negaba, no intenté corroborar la situación y avancé en dirección contraria: «No tengo que ver». La tercera vez, sin embargo, no hubo remedio a su presencia. Como pocas veces, iba sentada en un carro atestado de pasajeros. Sentada es la palabra importante. De pronto la persona a mi derecha se levanta y alguien ocupa de inmediato su lugar. Ahí estaba otra vez, a mi lado, cercándome a una reacción que yo no quería tener: Jorge Francisco Isidoro Luis Borges. Qué exceso. Sin pudor incliné el torso para quedar bajo su rostro y la operación de mi memoria no fue hacer calzar las fotografías con el anciano a mi lado, la operación fue un estricto disimulo. Porque evidentemente era él, y al tiempo que lo comprobaba, accedía al reverso de ese bosquejo que me había armado para mantener las rodillas erguidas y

saludar con las palabras apropiadas. Vi sus labios delgados y los profundos surcos de su rostro. Unos ojos en desuso y una expresión menos complacida que aquella de las fotografías. Borges. Nada le pregunté, me bajé en la estación siguiente para no interrumpir aquello que estuviera sucediendo.

Souza, el protagonista del relato que me ocupa, sentiría mucha fascinación si se encontrara con Borges porque tiene especial interés por los doppelgänger. Él pensaría esto del anciano, y estaría equivocado. De todos modos, y de manera de complacer a Souza, he querido darle un final junto a su doble, pero me he desviado en la trama y antes es un trabajador que alfombra departamentos en la constructora Almagri. O es el descampado o es Souza, aunque Souza es tantas personas, excepto Borges. No lo saludo, es así. Me parece bien que su cuerpo esté donde quiera. A mí me ocupa Souza, no Borges. No sé qué ocupa a Borges.



Cuando Souza termina la jornada camina doce cuadras hasta el paradero y espera una micro verde que lo dejará del otro lado de la ciudad. Se dedica mientras tanto a respirar el aire libre de pegamento. Deja que pasen los minutos sin preocupación porque ha salido del trabajo; puede descuidarse, irse a negro, caminar en línea recta hasta perderse y estirar, de paso, sus largas piernas tullidas. Pero doce cuadras son suficientes y ya quiere estar en casa.

Sin música ni libro en su mochila a Souza no le queda más que ver la calle y sus personas. No se cansa de mirarlas porque nunca una se repite. Él, por ejemplo, tiene la piel morena y las pestañas claras. La cara pegada a los huesos y una nariz que se encumbra desde muy arriba en la frente. En la construcción, a veces, no puede quitar los ojos de sus compañeros, son muchos, todos distintos, aunque lleven el casco puesto. Como no disimula su fascinación, le preguntan si es homosexual, pero no se inmuta, tiene la cabeza atiborrada de gestos, no puede detenerse en una palabra.

Souza y sus compañeros pegan cubrepiso en los departamentos de la constructora Almagri, por lo que gran parte del día están de rodillas. Es un trabajo de nunca acabar porque siempre aparece una nueva habitación sobre la anterior, y luego a la derecha, izquierda, en otra columna. Cuando se asoma a una ventana o trepa a los andamios a fumar, una torre de fierro con un brazo lleva bloques de cemento de un lado a otro.

Después de algunos minutos de espera aparece su micro y Souza asciendo sin advertir que las doce cuadras que ha caminado han sido en la dirección de su antiguo paradero. Cuando Luiza se fue, él también quiso irse de algún modo por lo que se mudó de casa y comuna. Ahora hace el recorrido a su vida anterior y no se percata: va mirando rostros, y es que nunca uno se repite.

Luiza era su amiga, la mejor que tuvo. Compartían pasatiempos como ir al bar, poner canciones en el wurlitzer y vaciar shops de cerveza. A Luiza le encantaba ir a un cine que Souza no conocía, así que un día lo invitó y compartieron un tercer panorama fuera del alcohol y la música. La pri-

mera película que vieron lo inquietó porque no entendía para qué habían filmado algo que podía ser perfectamente su vida. Había pensado además que la película no tenía final, que concluía en un momento cualquiera sin el apogeo de un desenlace.

Es cierto que en ocasiones sus puntos de vista eran opuestos, pero disfrutaba la posibilidad de estar con ella porque la conocía. Todo cuanto experimentaba con los rostros en los espacios públicos volvía a suceder en el conocimiento de una única persona. Sus gestos habituales echaban a andar una especie de cinta que Souza concebía como un film, entonces era posible detenerse en los detalles, conmovirse con detalles. A Luiza le sorprendía la capacidad de lectura de aquel hombre, que la anticipara y no hallar allí ni un gesto de vileza. Un día, sin embargo, ella tuvo que irse bastante lejos y él debía seguir aquí, aunque no supiera bien por qué.

Luiza necesitaba otro escenario para rearmarse. Llevaba décadas viviendo en la horizontalidad, años cuesta abajo hacia la decadencia de una actriz sin personaje. En ese desajuste fue que lo encontró. Él se detuvo en su rostro más de la cuenta porque Luiza tenía los ojos amarillos, y Souza, el observador, detector de patrones y singularidades, se quedó pasmado.

Nunca volvió al cine, pero oía a veces *Essa Mulher*, de Elis Regina, y su corazón se reconfortaba. Sus compañeros no entendían cómo una canción así animara tanto al raro de Souza. Él sonreía mucho y con sus manos de concreto les golpeaba la espalda.

Baja de la micro y camina dos cuadras, ya está en la calle que lo llevará a su vieja casa. Hay vecinos afuera que lo saludan con mucho entusiasmo. Se sorprende del placer que provoca en los vecinos, pero no se percata, no recuerda, solo avanza.

Cuando ha terminado de saludar, busca la llave delante de la puerta. Están las luces encendidas y se oye una radio. Huele a humedad, a pan tostado. De espaldas a la entrada un hombre descansa con una taza entre sus manos. Desde la habitación contigua se escucha un rumor que crece, pasos que se encaminan por el pasillo. Alguien se dirige exactamente hacia donde él está, lo sacude el vértigo, regresar en puntillas o ir al encuentro de los pasos, no lo sabe, todo gira apresurado.

Una mujer de mediana edad se asoma al comedor y le habla al hombre que mastica un sándwich. Souza se queda de pie junto a ella sin poder abrir

la boca, intenta un gesto con su brazo, lo levanta como si la sutileza del movimiento pudiese traducir la intensidad de lo que siente. «Luiza» —quisiera decirle— «qué haces aquí». Pero ella no advierte su presencia. Cuando por fin logra articular el nombre de la mujer, esta se voltea y camina decidida rumbo a la habitación. Llama entonces al hombre que le da la espalda, se acerca a él hasta casi tocarlo. Este continúa bebiendo té y mordiendo su pan. Le toca el hombro, le dice: «Oiga...» y lo ve de lleno a los ojos. Nariz encumbrada, pestañas claras, la piel morena de Souza y Souza del otro lado, incapaz de hacerse oír. «Souza», «Souza». Pero el hombre no lo oye. Cuando Luiza regresa, se queda un instante mirándola —a ella y la rutina de esta casa—, sin poder participar.

Solloza como si oyese música y luego, ciertamente, escucha una música muy cerca de sí. Está en su cuerpo y en ella se pierde.



Los compañeros de Souza pensaron que ocultaba una desgracia cuando lo vieron aquel día que siguió al encuentro con su doble. No era el más antiguo, pero llevaba más tiempo que la mayoría. Muchos no aguantaban el olor a pegamento y el trabajo de rodillas. Otros permanecían allí precisamente por el olor a pegamento. Pegaban alfombras, los andamios traían material, salían cada vez que les era posible para deshacerse de ese olor. Todos tenían las rodillas como estrellas y usaban casco aun cuando trabajaran bajo techo.

Entrada la noche se dirigió al bar para conversar con Nicolás, compañero y amigo de la construcción. Normalmente lo encontraba en la segunda mesa pegada a la pared. Llegó en silencio, se sentó despacio como si lo que iba a revelarle lo inculpara, como si en lugar de encontrar a un hombre idéntico a sí mismo hubiera cometido un crimen.

Nicolás estaba completamente borracho, apenas sostenía su espalda en el cristal de la pared. Al frente Souza buscaba su mirada para golpearlo con el relato, pero los ojos ebrios de Nicolás merodeaban ya otros asuntos. No conseguía la complicidad que necesitaba, los hechos extraordinarios que pretendía tornaran sobrio a su amigo, no eran más que lenguaje desorganizando la autenticidad de los sueños. Souza, que confiaba en el funcionamiento alucinatorio del cerebro de su amigo, insistió. Le habló de su doble y la doble existencia de Luiza, instalados en su antigua casa, conviviendo como alguna vez imaginaron. Le habló de Luiza en Europa, de su propia mudanza una vez que ella se fue. Del equívoco al tomar una micro que ya no era la suya; Nicolás se abalanzaba sobre él a modo de abrazo. Dos veces botó la cerveza y Souza terminó con los pantalones empapados de espuma. Afuera la noche era demasiado intensa para sus emociones quebradizas. Esa madrugada, camino a su casa, se detuvo en algunos rostros y no pudo distinguir ninguna singularidad, eran todos igualmente repulsivos.

~

El episodio del doble permite que Souza encuentre motivos considerables para creer definitivamente en la posibilidad de conocer toda la música del Brasil de los 70 de la forma en que la conoce: como un aprendizaje implantado. Cree con la misma fascinación en su doble nacionalidad como yo creo perfectamente posible que él, habiendo nacido allá, haya nacido acá.

Que, siendo chileno, sea brasileño. Que Luiza vaya adelante y en caída libre. Que sus respuestas sean brillantes y su cabeza esté llena de agua.

Un hombre distingue un cuerpo que cae. Cree ver a Luiza entre los cientos de rostros que rebasan a diario las calles, luego siempre comprueba que es otra.

Souza quiere a la mujer que cae. Aunque a veces se pregunta por ese amor veloz.

Cuando está en la construcción ve descender cosas de las que no sabe su origen. El sol las atraviesa o la lluvia. Souza observa atento el declinar y piensa que aquello que cae está siempre a la intemperie.

~

Querido Souza, son las 7 de la mañana, hay 4 grados bajo cero y el cielo es un liso paño azul.

Llegué de noche a casa, me esperaba la mujer del alquiler con una sopa caliente. Me pareció un gesto amable de su parte, aunque fuese una sopa espesa, casi una papilla en la que no era posible distinguir sabores. Su nombre es Dora, se me quedó viendo mientras comía y no fui capaz de armar una sola frase en su idioma. Me limité a sonreír cada tanto hasta que acabé y pude subir a mi habitación. Debo propiciarme buenas relaciones en el nuevo mundo, pensaba. Mi ventana da a una avenida ruidosa, pero si extendiendo el cuello más allá del marco veo un árbol. ¡Grande! Más alto que el piso en donde estamos, que es el cuarto. Tiene unas flores, o frutos, no sé distinguir, de color lila que se abren desordenados como si no supieran cómo existir de tan inmensos. Seguramente no sirven para nada. Aunque ese árbol también es una muestra sensata de que el asunto es así: dejarse arrastrar por el viento desde el apretado continente de madera hasta la apertura lila, y luego la caída. Cuatro pisos. Es un árbol verdadero, no una palmera ni una ligustrina. El grueso tronco vermiculado me recuerda a ti.

~

Nació en Recife, nació en Valparaíso. De una ciudad se mudó a Río, de la otra a Santiago. Aprendió el trabajo de la construcción desde la albañilería a la electricidad, terminó en la instalación de alfombras cuando el amigo que lo introdujo en este mundo murió aplastado por un andamio. La construcción no se detuvo, pero Souza, tras deambular entre mil pensamientos, decidió permanecer en un oficio sin posibilidad de desplome. Cubrir un piso con otro, esa fue la estabilidad que encontró.

Su amigo se parecía a Gonzaguinha y al mismo tiempo adoraba sus canciones. Gonzaguinha perdió la vida en un accidente de tráfico. En estos casos Souza volvía a creer en la idea de que los tipos faciales pueden predecir el temperamento. Así, ambos Gonzaguinhas eran movidos por emociones similares, y allí donde uno componía oyendo, el otro oía componiendo su vida en dos rodillas. Trabajaba y amaba, alegremente triste, singular como cualquier hombre, parecido a nadie, parecido a Gonzaguinha.

~

Tomo dos trenes para ir al ensayo, el suburbano y luego el veloz. En el primero he visto hoy a una mujer mayor que yo, pelo largo oscuro y desde las sienes dos manchones de cabellos canos le daban un aire señorial. Iba atenta a todo cuanto acontecía dentro del vagón, la miraba un niño y ella le devolvía unas palabras con los ojos, el niño estaba atrapado. Sus pies descansaban en el piso absolutamente conectados, como su espalda en el asiento y su rostro en el paisaje. ¿Sabes qué se me ocurrió? Que tal vez el día anterior había desistido de un suicidio y que ahora, agradecida del oportuno arrepentimiento volvía a la vida como quien despierta de una sucesión de noches. Deduje que su próximo destino sería la nieve, que se arrojaría con los brazos abiertos a la flamante superficie y que el sol haría destellos, tibios destellos sobre sus sienes.